

La
NOVIA
FANTASMA

YANGSZE CHOO

PRIMER CAPÍTULO

 Colmena Ediciones

CAPÍTULO 1

Una noche, mi padre me preguntó si me gustaría convertirme en una novia fantasma. Bueno, «preguntó» quizá no sea la palabra más adecuada. Estábamos en su despacho. Yo hojeando un periódico y mi padre recostado en su tumbona de ratán. Hacía mucho calor, y no corría la brisa. La lámpara de aceite estaba encendida y las polillas revoloteaban a través del aire húmedo en perezosas espirales.

—¿Qué has dicho?

Mi padre estaba fumando opio. Era su primera pipa de la noche, así que supuse que aún mantenía cierta lucidez. Mi padre, con sus ojos tristes y su piel porosa como el hueso de un albaricoque, era una especie de erudito. Nuestra familia siempre fue bastante rica, pero en los últimos años nuestra fortuna menguó hasta que a duras penas pudimos mantener la respetabilidad de la clase media.

—Una novia fantasma, Li Lan.

Contuve la respiración mientras pasaba una página. Era difícil saber cuándo bromeaba; a veces creía que ni él lo

sabía. Se tomaba a broma los asuntos importantes, como nuestros reducidos ingresos, y afirmaba que hacía tanto calor que no le importaba que su camisa estuviera hecha jirones. Pero, otras veces, cuando el opio lo envolvía en su nebuloso abrazo, se mostraba retraído y angustiado.

—Me lo han planteado hoy —me dijo rápidamente—. Creí que te gustaría saberlo.

—¿Quién te lo ha pedido?

—La familia Lim.

La familia Lim era una de las más adineradas de la ciudad portuaria de Malaca, uno de los asentamientos comerciales más antiguos de Oriente que en siglos anteriores había estado bajo el gobierno portugués, holandés y, finalmente, británico. Era un alargado grupo de casas rojas y bajas que se extendía desordenadamente a lo largo de la bahía, flanqueado por palmerales y respaldado en el interior por la densa jungla que cubría Malasia como un océano verde. Bajo el sol tropical, la tranquila ciudad de Malaca parecía soñar con su antigua gloria, cuando era la perla de las ciudades portuarias de los estrechos, antes de caer en una elegante decadencia con la aparición de los barcos de vapor.

Aun así, comparada con las aldeas de la jungla, Malaca seguía siendo el paradigma de la civilización. A pesar de que la fortaleza portuguesa había sido destruida, teníamos una oficina de correos, el Stadthuys o ayuntamiento, dos mercados y un hospital. De hecho, éramos la sede de la administración británica. Sin embargo, después de haber leído acerca de grandes ciudades como Shanghái, Calcuta o Londres, Malaca parecía insignificante. Londres, según le habían dicho en la oficina del distrito a la hermana de nuestro cocinero, era el centro del mundo. El corazón de un enorme y brillante imperio en cuyos

confines nunca se ponía el sol. A los que vivíamos en Malasia, nos gobernaban desde aquella lejana (y lluviosa y fría, según había oído) isla.

Pero aunque eran muchas las razas que llevaban generaciones aquí asentadas (malayos, chinos e indios, además de algunos comerciantes judíos y árabes), manteníamos nuestras propias costumbres y atuendos. Y aunque mi padre hablaba malayo y un poco de inglés, siempre elegía el chino para sus libros y periódicos. Era una pena que la fortuna que mi abuelo había hecho aquí tras abandonar su tierra natal hubiera menguado tanto en manos de mi padre. De no ser así, no creo que se hubiera tomado en serio la oferta de la familia Lim.

—Su hijo murió hace un par de meses. Un joven llamado Lim Tian Ching. ¿Lo recuerdas?

Había visto a Lim Tian Ching quizá una o dos veces, en algún festival. De no ser por el apellido de su adinerada familia, ni siquiera me habría fijado en él.

—¿Era muy joven?

—Creo que no era mucho mayor que tú.

—¿De qué murió?

—De unas fiebres, dicen. En cualquier caso, él sería el novio. —Mi padre hablaba con cuidado, como si ya se estuviera arrepintiendo de sus palabras.

—¿Y quieren que me case con él?

Como estaba nerviosa, volqué la piedra de tinta del escritorio y su contenido se derramó sobre el periódico formando una ominosa mancha negra. Esta práctica de concertar el matrimonio de un muerto era poco común, y normalmente se llevaba a cabo para apaciguar su espíritu. Una concubina que hubiera tenido un hijo podía ser casada oficialmente tras fallecer para elevar su estatus al de esposa. O dos amantes que hubieran fenecido

trágicamente podían unirse tras la muerte. Eso lo sabía. Pero casar a un vivo con un muerto era algo poco habitual y, ciertamente, pavoroso.

Mi padre se frotó el rostro. Según me habían contado, antes de la viruela era muy atractivo. En cuestión de dos semanas su piel se volvió tan rugosa como la de un cocodrilo, marcada por un millar de cráteres. Él, que siempre había sido muy sociable, se apartó de todo el mundo, dejó a unos desconocidos a cargo del negocio familiar y se dedicó a los libros y a los poemas. Quizá todo habría ido mejor si mi madre no hubiera muerto en el mismo brote de viruela, cuando yo tenía cuatro años. A mí solo me dejó una cicatriz detrás de la oreja izquierda. En aquel momento, un adivino lo consideró un augurio de buena suerte, pero puede que solo estuviera intentando ser optimista.

—Sí, te quieren a ti.

—¿Por qué?

—Lo único que sé es que me han preguntado si tengo una hija llamada Li Lan, y si todavía está soltera.

—Bueno, no creo que eso encaje conmigo.

Froté con fuerza la tinta sobre la mesa, como si pudiera borrar con ella el tema de conversación. ¿Cómo era posible que supieran mi nombre?

Estaba a punto de preguntarlo cuando mi padre me habló.

—¿Qué? ¿No quieres ser viuda con casi dieciocho años? ¿No quieres vivir el resto de tu vida en la mansión Lim, envuelta en sedas? Aunque seguramente no te permitirían que fueran de colores alegres. —Sonrió con melancolía—. Por supuesto, no he aceptado. ¿Cómo iba a hacerlo? Aunque, en caso de que no fuera importante para ti llegar a enamorarte o tener hijos, no estaría tan mal. Tendrías alojamiento y sustento para el resto de tu vida.

—¿Tan pobres somos? —le pregunté. La pobreza había estado sobrevolando nuestro hogar durante años, como una ola que amenaza con romper.

—Bueno, a partir de ahora no podremos comprar hielo.

Podían comprarse bloques de hielo en el almacén británico, envasados en serrín y envueltos en papel de estraza. Eran restos de cargamentos: habían sido transportados en las bodegas de los barcos de vapor que venían del otro lado del mundo, donde se almacenaban para conservar frescas las provisiones. Después, los bloques se vendían a cualquiera que quisiera un trozo congelado de Occidente. Mi *amah* me había contado que mi padre solía comprar frutas exóticas para mi madre, algunas manzanas y peras crecidas bajo cielos lejanos. Yo no recordaba aquello, pero sí que me encantaba picar nuestras ocasionales adquisiciones de hielo mientras imaginaba que yo también había viajado a los yermos gélidos.

Dejé a mi padre con el resto de su pipa de opio. De pequeña había pasado horas en su despacho, memorizando poesía o moliendo tinta para sus prácticas de caligrafía, pero no se me daba bien bordar y sabía poco sobre cómo gobernar una casa, cosas que habrían hecho de mí una mejor esposa. Mi *amah* hacía todo lo que podía, pero su conocimiento era limitado. A menudo solía fantasear sobre cómo habría sido la vida si mi madre siguiera viva.

Cuando me marché de la habitación, mi *amah* se lanzó sobre mí. Había estado esperando fuera y me dio un susto de muerte.

—¿Qué quería preguntarte tu padre?

Mi *amah* era muy bajita y vieja. Era tan pequeña que tenía casi el tamaño de un niño... de un niño obstinado y despótico que, a pesar de ello, me quería con todo su corazón.

Había sido la niñera de mi madre antes de ser la mía y debería haberse jubilado hacía mucho, pero aún seguía ocupándose de los quehaceres de la casa con sus pantalones negros y su blusa blanca que la hacían parecer un muñeco de cuerda.

—Nada —le contesté.

—¿Era una proposición de matrimonio?

Para alguien que afirmaba ser vieja y sorda, tenía un oído sorprendentemente fino. Una cucaracha no podría atravesar una habitación a oscuras sin que ella la aplastara.

—En realidad no. —Como no parecía convencida, añadí—: Era algo más parecido a una broma.

—¿Una broma? ¿Desde cuándo se ha convertido tu matrimonio en motivo de burla? El matrimonio es algo muy importante para una mujer. Determina todo su futuro, su vida, sus hijos...

—Pero no se trataba de un matrimonio de verdad.

—¿Una concubina? ¿Alguien quiere que seas su concubina? —Negó con la cabeza—. No, no, señorita. Tú debes ser una esposa. La primera, si es posible.

—No querían convertirme en concubina.

—¿De quién era la propuesta?

—De la familia Lim.

Estaba tan sorprendida que parecía uno de esos lémurres de ojos enormes que vivían en la jungla.

—¡La familia Lim! ¡Oh! No me extraña, señorita, porque desde que naciste eres tan bella como una mariposa. —Y así continuó un rato. Escuché, divertida e irritada, la lista de las muchas cualidades que nunca hasta entonces se había molestado en mencionarme, hasta que se detuvo abruptamente—. ¿Pero el hijo de los Lim no había muerto? Aunque tienen un sobrino. Supongo que él es el heredero.

—No, la propuesta era para el hijo —dije con desgana. Me sentía como si, al admitir que había llegado a considerarlo, estuviera traicionando a mi padre. La reacción de mi *amah* fue justo la que esperaba. ¿En qué estaba pensando mi padre? ¿Cómo se atrevían los Lim a insultar a nuestra familia de aquel modo?

—No te preocupes, *amah*. No va a aceptar.

—¡Tú no lo comprendes! Esto da muy mala suerte. ¿Es que no sabes lo que significa? —Su diminuto cuerpo se estremeció—. Tu padre no debería habértelo contado, ni siquiera como broma.

—No estoy molesta —le dije, y crucé los brazos.

—*Aiya*, ¡ojalá tu madre estuviera aquí! Esta vez tu padre ha ido demasiado lejos.

Aunque había intentado tranquilizar a mi *amah*, me fui a la cama con inquietud y encendí la lámpara para alejar las temblorosas sombras. Nuestra casa era grande y vieja, y desde nuestra debacle financiera no teníamos ni una décima parte de los sirvientes necesarios para atenderla. En la época de mi abuelo, la casa había estado llena de gente. Tuvo una esposa, dos concubinas y varias hijas, aunque solo había sobrevivido un varón: mi padre. Ahora, las esposas estaban muertas. Mis tías se habían casado hacía mucho y mis primas, con las que había jugado de niña, se habían mudado con ellas a Penang. A medida que nuestra fortuna menguaba, se cerraban más y más habitaciones. A veces me parecía recordar aquel bullicio de invitados y criados, pero eso debió de ser mucho antes de que mi padre se aislara del mundo y permitiera que sus socios lo engañaran. Mi *amah* hablaba de aquella época a veces, pero siempre terminaba maldiciendo la locura de mi padre, a sus malvados amigos y, por último, al dios de la viruela, que había ocasionado todo aquello.

Yo no estaba segura de que existiera un dios de la viruela. No me podía creer que una deidad se rebajara a ir por ahí soplándole viruela a la gente a través de las ventanas y las puertas. Los médicos extranjeros del hospital hablaban de brotes de enfermedad y de cuarentena, una explicación que me parecía mucho más razonable. A veces pensaba en convertirme en cristiana, como las damas inglesas que iban a la iglesia anglicana todos los domingos. Aunque nunca había estado allí, desde fuera me parecía muy tranquila. Y su cementerio, con su cuidado césped verde y sus ordenadas lápidas bajo las ramas de algún frachipán, parecía un lugar mucho más reconfortante que los agrestes cementerios chinos que se extendían sobre las laderas.

Íbamos al cementerio en Qing Ming, el día de los muertos, para barrer las tumbas, honrar a nuestros ancestros y ofrecerles comida e incienso. Las tumbas eran como pequeñas casas o butacas muy grandes cuyos laterales rodeaban la tablilla central y el pequeño altar. Los senderos que subían las colinas estaban atestados de malas hierbas y *lalang*, la afilada hierba de elefante que te corta si le pasas un dedo por encima. Había tumbas abandonadas por todas partes, de gente que había sido olvidada o a la que ya no le quedaban descendientes que se preocuparan de cuidarlas. Pensar en tener que honrar como viuda a un desconocido me daba escalofríos. ¿Y qué implicaba exactamente el matrimonio con un fantasma? Mi padre se lo había tomado a risa. Mi *amah* no había querido hablarme de ello: era tan supersticiosa que creía que al nombrar algo lo ayudabas a convertirse en realidad. En cuanto a mí, solo esperaba no tener que descubrirlo nunca.